

N NAVARRA PINTORESCA: SOBRE LAS AGUILAS, POR GARCILASO

I

Mendaur es un monte como una gran pirámide arruinada y deformada por el perpetuo martilleo del tiempo.

Son sus aristas rotas, barrancos hondos y quebrados, en sus laderas resquebrajadas y abiertas vive el recuerdo de un cataclismo.

Es Mendaur la mas alta atalaya de aquel antiguo valle de Lerín, morada de hombres fuertes y bravos, y nido de jabalíes pardos y cerdosos.

De entre las selvas alzóse un día el deseo gigantesco y audaz de escalar los cielos, y Mendaur se levantó. Y se acabó su poder, como en castigo, cuando llegó á mirar con demasiado amor al abismo tentador de los mares dilatados y grises.

Y en aquel momento de suspensión contemplativa quedó quieto y fijo para siempre el deseo audaz y gigantesco que un día se alzó de entre las selvas.

Trepar hasta las agudas rocas que guardan la ermita blanca y aplastada, equivale á gozar de todas las delicias que ofrezca el más bello paisaje.

Elgorriaga es el punto inicial de la ascensión.

Las calles cortas de este poblado que se alza sobre tierra roja en la orilla fresca y frondosa de un arroyo que baja cantando, se pierden en el monte hechas senderos retorcidos.

Por ellos sube la caravana trepadora, la que llegará á los altos picos y rezará en la ermita y adorará a Dios en ella y en el paisaje maravilloso.

Van en la caravana, siendo el encanto de ella, unas muchachas bellísimas y delicadas como las flores de las begonias.

De tal manera sienten ellas el paisaje, que es justicia decir que en cada una de ellas hay un poeta excelso.

Es la hora fresca en que las nieblas mueven su manto gris y húmedo, y lo van recogiendo, y lo van arrastrando por los hondos barrancos y por entre las hayas seculares que están mojadas y relucientes.

Cuando pasa la caravana por aquel prado alto de Gorrestarazu que brilla entre las nieblas como una esmeralda puesta en el turbante de un rey moro, hay un girón de cielo y un trozo de paisaje libres de las boiras.

Y el cielo es azul y transparente; y el paisaje claro y limpio.

Y como el Sol acaba de salir al claro abierto, su luz acaricia á los montes de soslayo, y forman sombra los pliegues y arrugas de los montes y así, en sus laderas azuladas, se destacan claros y limpios los relieves.

Las nieblas sutiles é ingravidas pasan por las estrechas gargantas y cortaduras, fugitivas delante del viento sur, y van cayendo en los hondos barrancos, y allí quedan llenándolo todo, blancas, espesas y quietas, como un lago de perlas derretidas.

Las aves madrugadoras rizan con el aire que levantan sus alas aquella superficie blanca, donde se bañan los rayos del sol.

Hemos llegado á una choza de pastores que está colgada al borde de aquel barranco.

Paramos á su amor y á su abrigo.

En la ladera de Mendaur cortan los helechos hombres y mujeres que cantan una canción gentil y pastoril.

Llega á nosotros aquella canción, interrumpida y rota, como el son de una campana lejana.

Dentro de aquella choza callada y solitaria hay una cama de helechos y de heno, y una fogata en brasas; y entre las brasas un puchero donde se cuece la comida de aquellos segadores de los helechales, que ahora están segando y cantando.

Más libre que en los alcázares, la vida es de paz y de dicha en aquella choza rústica y humilde.

Cuando dentro de ella está el pastor ó el cortador de helechos, la choza queda convertida en un palacio egregio y altivo. Palacio de la misericordia, porque ningún amor al prójimo es más sincero y generoso que el que tiene su esencia en aquellas soledades: castillo inexpugnable, porque no hay almenas en los más soberbios castillos, como las

peñas que lamen los torrentes que siempre están despiertos; ni rebe llines como los montes que la guardan; ni fosos como los barrancos que le dan la independencia de un dilatado vacío.

La danza de las nieblas por entre aquellos rincones quebrados y callados, duró poco espacio de tiempo.

El cielo quedó limpio y las nieblas desvaneciéronse sobre los horizontes lejanos, que son los horizontes del mar, y nosotros, en aquel momento luminoso, sentimos el deseo de ser llevados entre aquellas nubes á otros lugares de ensueño maravillosos y dichosos.

Y nuestros ojos quedaron fijos en aquellos horizontes grises; y suspensas nuestras almas en aquella solemne quietud de aquel paisaje luminoso y alegre.

Y no nos atrevíamos á romper el cristal de la mañana, porque estábamos como encantados por el poder maravilloso de una música suave y amable.

II

Dejamos la choza alla en su quietud y en su soledad y seguimos trepando

Cada paso que damos en la ascensión por aquella montaña augusta nos coloca en un nuevo plano de visión tan dilatada y amplia, que un instante aletea en nosotros la esperanza de llegar a un punto del monte en que veremos toda la tierra.

Todo aquel camino esta soleado y alegre sobre los hondos barrancos en sombras.

Desde la senda vemos en las laderas lejanas, casitas blancas y desparadas que se pierden en el humo azul é igual de la bruma.

Cerca de nosotros, allá en la hondonada, sobre un promontorio que se alza con temor entre el barranco, está parada una borda.

Y como está envuelta en la luz clara y franca del sol, su tejado húmedo reluce y brilla como si estuviera hecho de corales.

Saltamos por las torrenteras vivas que balan á perderse en el río manso y ancho: y aquella agua despeñada y rota canta una canción de frescura entre la fronda.

Hay otras torrenteras muertas que son como surcos hondos de lágrimas.

No baja por ellas agua saltarina y su hueco seco está cubierto de hojas negras y podridas.

Antes de llegar á la ermita pasamos por entre unos recios y aislados bloques hechos de cantos que están pegados unos á los otros,

Aquellos conglomerados negros ofrecen formas caprichosas y extrañas, y por ello parecen un recuerdo de aquella industria humana que alzó las pirámides y la esfinge de Ghizet y las murallas de Cartago con el esfuerzo de unos brazos esclavos.

Un bloque es la estatua de un oso polar que trepa fugitivo.

Otro es la cabezota larga de un pez monstruoso, ó de un reptil colossal; de aquellos que vivieron antes del diluvio, ó en la imaginación de un árabe narrador de cuentos fantásticos.

Desde aquel lugar de los conglomerados misteriosos y evocadores de monstruos vivos, se ve el cielo en su redondez completa. La mitad de aquel círculo es una extensión dilatada, ancha, infinita, toda de cielo y mar.

La otra mitad es toda ella sólida y maciza, y en ella se yerguen los picos agudos de cien sierras.

La caravana marcha por entre las fauces de un animalote que bosteza.

Hemos llegado á la cumbre donde está clavada la ermita.

Nuestros ojos ciegan porque aquel maravilloso abismo de luz y de colores que se abre á nuestros pies es tan grande, que la mirada se turbia en él y se extravía.

Un viento impetuoso y bravo se revuelve en torno de aquella cabeza audaz del monte.

Y aunque todo está allí fijo nos parece que el viento aquel se lleva entre sus garras pedazos del monte.

Entramos en la ermita.

La claridad cegadora de afuera ilumina aquella capilla rústica y pobrísima con los pocos rayos de luz que entran en ella por las grietas que dejan algunas piedras mal colocadas.

Y se ve en un altar de madera mal labrada que tiene unos paños blancos de lienzo crudo, un cuadro en que está representada la Santísima Trinidad.

En casi todos los altos picos de Navarra hay una ermita dedicada á la Santísima Trinidad por la fe profunda de estos montañeses admirables.

Allí mismo hicimos una fogata, y en torno de ella nos sentamos, y en su resplandor ardieron nuestras caras, y en su calor se regocijaron nuestros cuerpos, mientras el viento desenfrenado y loco bramaba en torno de la ermita, sin que al ímpetu de sus azotes temblase allí otra

cosa que una descarriada flor de manzanilla que se quedó sola en la grieta de una peña

En torno de la hoguera y en aquel hueco cerrado en la entraña del torbellino feroz cuyo sonido se afilaba y moría en un silbido, evocábamos las noches invernales en la majada, cuando los lobos saltan en torno de la choza, al claror de la luna de Enero.

Un fuerte empujón del viento abrió de par en par la puerta de la ermita, y entró en ella y en nuestro espíritu una luz viva y cegadora que llenó la ermita y nuestras almas de alegría..... Y en aquella luz del cielo, radiante y encendida, se desvaneció y quedó como muerta la luz roja de las llamas y el resplandor siniestro de la fogata.

Salimos con temor al borde de aquel abismo inacabable todo lleno de luz.

Abajo estaba la tierra salpicada de bosques, de pueblos, de caseríos, de cuadros de tierra labrada y cuidada. Por todas las laderas estaban tendidos los bosques negros, que visten y cubren los abismos devoradores.

El cielo estaba recortado por los agudos picos de las sierras lejanas: macizos blancos vestidos de nieve en el Pirineo central: agujas azules en los montes euskaros, Izaga, la Higa de Monreal, Larun, Haya, Aitzgorri, las Malloas, Peñaplata, Alduides: lomos lisos y grises en Aralar, Autza, Perdón, Sarvil, Urbasa y San Donato: pardos promontorios en Sayoa, Vélate, Vertiz, Oteizoyana y en los montes de Labayen, Zubietá, Ituren, Urroz, Santesteban, Sumbilla.....

Y al otro lado el mar, manso y callado como un lago; adornado de espuma frente á las rocas de la costa vasca: y luego la tierra llana y florida de la Francia, que es en aquella extensión tierra hermana de esta tierra de los vascones.

Todo aquel paisaje solemne y grande es tranquilo en su bravo y formidable esplendor, y está en agosto y hondo silencio interno, como está la tierra submarina.

Mientras se vive allí sobre la cabeza de Mendaúr, toda nuestra alma está asomada á nuestros ojos recreándose en un goce de éxtasis ante aquel maravilloso y revuelto cataclismo de montes.

Y cuando miramos al valle angosto y oprimido nos vemos sobre las águilas, que resbalan debajo de nosotros, con las alas pardas, iluminadas y tersas, extendidas en un esfuerzo de audacia, que es un abrazo perdido y errante en el vacío.
